



unánimes

Estudios bíblicos

M: Parábolas de Jesús

02.- Parábola del Sembrador

Para comentarios y dudas: www.unanim.es/foro/

13/07/2016



unanimos

Estudios Bíblicos

M.02.- Parábola del Sembrador

1. Introducción

Jesús usó la parábola del sembrador para explicar las diferentes formas como una persona recibe el mensaje de la palabra de Dios. En el momento en que la dio, Él estaba dirigiéndose a un grupo que se había reunido en la playa para escucharle hablar. Después, retirado en una casa, Jesús ofreció una explicación sobre cada punto de esta parábola a sus discípulos.

La Parábola del Sembrador aparece en tres de los Evangelios: Mateo, Marcos y Lucas. En los tres evangelios, sus escritores inspirados por el Espíritu Santo presentan la parábola y su interpretación como fue provista por el Señor Jesús. Para el presente estudio hemos elegido analizar la parábola tal y como Marcos la describe en su evangelio. Frecuentemente haremos referencias a los otros evangelios cuando así sea necesario para una mejor comprensión del texto.

2. La parábola

Marcos 4:1-20

Otra vez comenzó Jesús a enseñar junto al mar. Y se reunió alrededor de él tanta gente, que subió a una barca que estaba en el mar, y se sentó; mientras, la gente se quedaba en la orilla.

Entonces les enseñaba por medio de parábolas muchas cosas. Les decía en su enseñanza: —Oíd: El sembrador salió a sembrar; y, al sembrar, aconteció que una parte cayó junto al camino, y vinieron las aves del cielo y se la comieron. Otra parte cayó en pedregales, donde no había mucha tierra, y brotó pronto, porque la tierra no era profunda; pero cuando salió el sol se quemó, y como no tenía raíz, se secó. Otra parte cayó entre espinos; y los espinos crecieron y la ahogaron, y no dio fruto. Pero otra parte cayó en buena tierra, y dio fruto, pues brotó, creció y produjo a treinta, a sesenta y a ciento por uno.

Entonces añadió:

—El que tiene oídos para oír, oiga

Cuando quedó solo, los que estaban cerca de él con los doce le preguntaron sobre la parábola. Y les dijo:

—A vosotros os es dado saber el misterio del reino de Dios; pero a los que están fuera, por parábolas todas las cosas, para que viendo, vean y no perciban; y oyendo, oigan y no entiendan; para que no se conviertan y les sean perdonados los pecados.

Y les dijo:

—¿No entendéis esta parábola? ¿Cómo, pues, entenderéis todas las parábolas? El sembrador es el que siembra la palabra. Los de junto al camino son aquellos en quienes se siembra la palabra, pero después que la oyen viene Satanás y quita la palabra que se sem-

bró en sus corazones. De igual modo, los que fueron sembrados en pedregales son los que, al oír la palabra, al momento la reciben con gozo; pero no tienen raíz en sí y no se mantienen firmes; por eso, cuando viene la tribulación o la persecución por causa de la palabra, tropiezan. Los que fueron sembrados entre espinos son los que oyen la palabra, pero los afanes de este siglo, el engaño de las riquezas y las codicias de otras cosas, entran y ahogan la palabra, y la hacen infructuosa. Y los que fueron sembrados en buena tierra son los que oyen la palabra, la reciben y dan fruto a treinta, a sesenta y a ciento por uno.

3. El contexto cultural

En occidente, cuando un sembrador sale con su semilla, entra a un campo cercado y comienza de inmediato, con debido orden y precisión, a esparcir la semilla de su canasta a lo largo de cada surco; pero en el Oriente, el campo de cultivo, que está muy cercano a la aldea, es una vasta planicie desprovista de cercas. Es cierto que el terreno está dividido en diferentes propiedades, pero no hay vallados, no hay divisiones, excepto los linderos antiguos, o tal vez, en raras ocasiones, un simple muro de piedras que se utiliza para dividir un campo de otro.

A lo largo de estas tierras comunales y completamente abiertas, hay veredas, las más frecuentadas de ellas se llaman calzadas o caminos. No deben imaginarse que estas calzadas sean como nuestros caminos, sino son simplemente veredas frecuentadas, que quedan tolerablemente lisas y duras por el transitar de la gente. Por aquí y por allá hay atajos, sobre los cuales pueden andar los viajeros que deseen evitar el camino público buscando un poco más de seguridad, cuando el camino principal está infestado de ladrones. El apresurado peatón puede encontrar un atajo a través de la planicie y abre así un nuevo camino para otros que viajen en la misma dirección.

Cuando el sembrador sale en la mañana para sembrar la semilla encuentra, tal vez, un pequeño espacio de terreno escarpado con un primitivo arado oriental; comienza a esparcir su semilla más abundantemente allí por supuesto, pero resulta que un sendero atraviesa el propio centro de ese campo y a menos que esté anuente a dejar una importante área sin sembrar, tiene que arrojar un puñado de semillas sobre el sendero. Por allá hay una roca que aflora justo en el centro de la tierra arada y la semilla cae sobre ella. También hay, protegido por la negligente labranza del oriente, un rincón lleno de raíces de ortigas y cardos, y el sembrador siembra su semilla allí también; el trigo y las ortigas nacen juntamente y según sabemos por la parábola, los espinos son más fuertes y ahogan a la semilla, de tal manera que no produce fruto para perfección.

El recuerdo de que la Biblia fue escrita en el Oriente y de que sus metáforas y alusiones deben ser explicadas enteramente, nos ayudaría a menudo a entender un pasaje mucho mejor de lo que podría hacerlo un lector occidental común.

4. Los protagonistas

En todas las parábolas Jesús nos presenta personajes que son usados para profundizar la enseñanza que Él desea impartir. Es importante analizar también quienes son la audiencia de cada parábola porque mucho de su significado tiene que ver con “a quiénes son dirigidas”.

4.1. La audiencia:

Jesús habló a cualquiera que quisiera oírle: multitudes, los Doce, individuos por separado; publicanos y pecadores; no sólo hombres sino también mujeres; no sólo judíos sino también gentiles; a los pobres como también a los ricos. Proclamó las buenas nuevas a todos. En esta parábola en particular le habló a una multitud. La pregunta es pertinente: ¿Quiénes estaban en esa multitud? Sin entrar en el campo de la especulación, de seguro habían como mínimo tres clases de asistentes:

4.1.1. Los discípulos:

En el momento en que Jesús enseña la parábola del sembrador, ya los doce apóstoles habían sido electos, muchos milagros de Jesús ya se habían realizado y, por lo tanto, además de sus apóstoles, un buen grupo de discípulos lo seguía a todas partes. Estos discípulos sin duda cumplirían lo dicho por Jesús:

Lucas 9:23

Y decía a todos:

—Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día y sígame.

Por lo tanto, dentro de la audiencia de la parábola encontramos gente que se negaría a sí mismos entregándose de cuerpo y alma a Jesús. Ellos con seguridad, compartirían el destino de Su Maestro y líder, llegarían a la gloria a través del sufrimiento.

4.1.2. Los admiradores:

Un segundo grupo de asistentes lo conforman los admiradores de Jesús. Estos, convencidos de su grandeza porque vieron señales mesiánicas, serían testigos de sus enseñanzas y se entusiasmarían con la idea de que este Mesías los libraría de la opresión romana.

El Mesías tan esperado había llegado, su libertad plena estaba a la vuelta de la esquina. Miembros de este grupo batieron palmas cuando Jesús entró a Jerusalén días antes de Su muerte. Miembros de este grupo también, cuando vieron que fue capturado y que no era el mesías libertador que esperaban, gritaron a Pilato “crucifícale”.

4.1.3. Los observadores

Un tercer grupo lo conforman los curiosos. Aquellos que cuando ven una multitud se acercan, observan, escuchan y luego continúan su camino. No creen ni dejan de creer. Los griegos tienen una palabra con la cual identifican este tipo de gente, “agnósticos”. El mundo está lleno de ellos y estos se llaman así mismos de esta manera. Lo que no saben es que esa palabra quiere decir “ignorantes” pues se compone del griego α-, a-, que quiere decir ‘sin’ y de γνώσις, gnosis que quiere decir conocimiento. En un sentido popular, un agnóstico es aquel que ni cree ni niega la existencia de una deidad, mientras que un teísta la afirma y un ateo la niega.

4.2. El sembrador y su mundo:

La identidad del sembrador la da la parábola misma. El sembrador es el que siembra la Palabra. En el sentido más popular, el sembrador representa a Jesús, la semilla al mensaje del evangelio y los terrenos a distintos tipos de personas. Cuando el mensaje del evangelio cae en un corazón receptivo, la semilla da el fruto adecuado.

La historia nos enseña que un terreno promedio en la Palestina antigua daba poco más de cuatro medidas de grano por cada medida de semilla. Es decir, si sembráramos un kilo de semilla, podríamos esperar un promedio de 4.8 kilos de grano. En el valle del Sarón, dónde están los terrenos más fértiles de Israel, las cosechas podían llegar a dar entre seis a ocho medidas de grano por cada medida de semilla. En el caso de la parábola del sembrador, las cosechas dieron treinta por uno, sesenta por uno y hasta cien por uno. Es decir, lo que la parábola describe es sencillamente imposible.

El mensaje de la Parábola del Sembrador es que el reino de Dios da frutos insospechados, milagrosos y hasta increíbles. Cuando el reino se encarna en un lugar, los resultados son sorprendentes, inesperados y hasta imposibles de creer.

La Parábola del sembrador describe un mundo donde la mayor parte de la gente se dedicaba a cosechar la tierra. Debemos tener presentes que las técnicas para sembrar eran muy distintas en el mundo antiguo. Específicamente, la parábola describe a una persona que siembra “al voleo”, esto es, tirando la semilla en el suelo. Cook y Foulkes describen esta técnica de la siguiente manera:

“Desde tiempos bíblicos se acostumbra sembrar en tierra no irrigada antes de arar. Sobre el terreno árido el sembrador desparrama su preciosa semilla. La simiente cae sobre los terrones secos, el duro sendero, las rocas que se asoman entre la tierra y los espinos que han renacido desde la última cosecha. Después, el sembrador escarbará el campo con un rústico arado de madera, cubriendo la semilla con una

delgada capa de tierra. (Cook y Foulkes: 132)”

Por lo tanto este sembrador al echar la semilla en el campo, cuando a sabiendas la echa en el campo fértil, la producción es sobrenatural, por lo tanto el sembrador mismo es sobrenatural y Su semilla también lo es. No cabe duda, el sembrador es Dios mismo hecho hombre... Jesús.

El resto de los personajes de la parábola se explicarán en la parábola misma.

5. Análisis de la parábola

5.1. Versículo 1:

Otra vez comenzó Jesús a enseñar junto al mar. Y se reunió alrededor de él tanta gente, que subió a una barca que estaba en el mar, y se sentó; mientras, la gente se quedaba en la orilla.

“Otra vez” comenzó a enseñar junto al mar. El significado es: De nuevo, como lo había hecho anteriormente. Aquí se refiere a la ribera del Mar de Galilea. Marcos no nos dice el momento exacto en que se reanudó la enseñanza junto al mar. La multitud que se congregó a su alrededor era tan grande que Jesús subió a una barca y se sentó [en ella] en el mar, mientras toda la gente estaba en tierra, de cara al mar. Aunque en ocasiones anteriores la multitud era “grande”, esta vez la multitud se describe como “tan grande”.

En esta ocasión sabemos que Jesús realmente entró en la barca y que luego remaron a cierta distancia de la playa. Desde tierra la gran multitud miraba hacia el mar es decir, hacia Jesús, quien a su vez miraba hacia la gente. Así pues, esta vez el Señor usó una barca por púlpito. Este punto no debe pasarse por alto a la ligera. Uno de los hechos sobresalientes del ministerio terrenal de Cristo es la rica variedad de recursos que usó para alcanzar a sus oyentes. En muchas ocasiones debió predicar y enseñar en los cultos regulares de la sinagoga y en Judea también en el templo. Jesús no se limitaba a enseñar o predicar al templo o en la sinagoga, sino que se dirigía a las multitudes en cualquier lugar. Habló al pueblo desde un monte, en una casa, junto al mar, en el desierto, sentado en una barca e incluso a un grupo reunido en un cementerio. No había “afectación” ni formalismo en el Maestro. Sin perder de vista los principios, porque nunca hubo pecado en Él, se adaptaba siempre a las circunstancias, o las circunstancias a Él.

Finalmente, según indica la presente sección, en sus predicaciones y enseñanzas hizo uso abundante de ilustraciones y parábolas, es decir, de “historias terrenales con significado espiritual”. En realidad, un estudio de las palabras y discursos de Cristo, re-

vela que su estilo abarcó una amplia gama de métodos para despertar el interés. No obstante, todas sus palabras fueron “de corazón a corazón”. No hubo sonrisas artificiales, gestos estudiados ni palabras estereotipadas. Todo era auténtico. “¡Jamás hombre alguno ha hablado como este hombre!” decían sus oyentes. La consecuencia fue que ordenó, comisionó, amonestó, exhortó, explicó, preguntó, consoló, refutó, y predijo.

Por ello, nadie dirá de su pastor “es obvio que está cerca de Jesús”, si el contacto espiritual que dicho pastor tiene con los seres humanos (¡destinados a la eternidad!) se reduce a la entrega de uno o dos sermones a la semana. Lo mismo ocurre si dicho pastor se limita a leerle a su congregación sermones que no desafían, que no contienen tiernas amonestaciones, ilustraciones ni un clímax final. Si el pastor sólo entrega su sermón y después se retira a su estudio durante el resto de la semana, nadie dirá que conoce Jesús. La misma pregunta debe hacérsela el “laico” cuyo corazón no está lleno de un cálido amor por Cristo y que no escucha con ansias la Palabra y cuya boca no conoce lo que es rebotar de alabanza y testimonio.

5.2. Versículo 2:

Entonces les enseñaba por medio de parábolas muchas cosas. Les decía en su enseñanza:

Marcos sólo presenta una pequeña selección de estas parábolas, Mateo nos entrega una selección mucho más amplia y Lucas es el autor más prolífero de parábolas, presenta veinte. Esto no quiere decir que el grupo de siete parábolas acerca del reino que se encuentran en Mateo sean el registro completo de todas las parábolas que Jesús habló en aquella ocasión acerca del reino de los cielos. Marcos primero presenta la parábola del sembrador, la de la semilla que crece en secreto y la de la semilla de mostaza. Después concluye su relato sobre este tema diciendo, “Con muchas parábolas les hablaba la palabra ...” y cambia entonces a otro tema.

5.3. Versículo 3:

—Oíd: El sembrador salió a sembrar;

La palabra introductoria “Oíd”, sirve para llamar la atención de los oyentes y en este sentido sólo se halla en Marcos y no en Mateo ni en Lucas. La palabra usada en el original tiene la particularidad de promover el mismo efecto de interés que la nuestra “una vez” o “en cierta ocasión” o la famosa frase con que inician los cuentos “había una vez”. En el caso que nos ocupa, el foco de atención no es el hecho de que el sembrador haya salido a sembrar, sino la historia completa.

5.4. Versículo 4:

...y, al sembrar, aconteció que una parte cayó junto al camino, y vinieron las aves del cielo y se la comieron.

En aquellos tiempos se acostumbraba sembrar el trigo o la cebada a mano. Los resultados podrían ser muy diferentes, dependiendo del lugar donde cayera la semilla. A medida que aquel hombre sembraba, era inevitable que parte de la semilla cayera en el camino por donde él pasaba al cruzar el campo. Puesto que el lugar donde cayó no estaba arado y muchos lo habían pisado, el suelo estaba demasiado duro para que una semilla lo “penetrara”. Así que quedaba sobre la superficie, con el siguiente resultado: las aves vinieron y se la comieron. Las aves actuaron con rapidez y avaricia. Se tragaron la semilla y de inmediato fue a parar al sistema digestivo; así, literalmente “ellas (las aves) la *engulleron*”.

5.5. Versículos 5 y 6

Otra parte cayó en pedregales, donde no había mucha tierra, y brotó pronto, porque la tierra no era profunda pero cuando salió el sol se quemó, y como no tenía raíz, se secó.

Es típico de Palestina o Israel que gran parte de su suelo cultivable se halle sobre una capa rocosa. En tal situación, en su proceso de germinación, la semilla tiene sólo un camino que seguir, es decir, hacia arriba. De modo que en lugar de arraigarse primero firmemente, la semilla “brotó hacia arriba de inmediato”. A causa de la falta de profundidad de la tierra, esta semilla no pudo echar raíz; es por esto que cuando el sol salió, se quemó según Mateo y Marcos. Lucas nos dice la causa intermedia que la llevó a secarse: (por falta de raíz) esta semilla “careció de humedad”. Razón había para que se quemara y muriese.

5.6. Versículo 7

Otra parte cayó entre espinos; y los espinos crecieron y la ahogaron, y no dio fruto,

Aquella tierra estaba plagada de raíces de espinos. Dado que generalmente lo que crece más rápido es lo indeseable y que cada parcela de terreno tenía sólo el espacio necesario para una cantidad determinada de vida vegetal, no es raro que la maleza, cuyo crecimiento es más rápido, pronto comenzara a ahogar la vitalidad de la noble espiga. Marcos explica el resultado como sigue: y no dio fruto.

5.7. Versículo 8

Pero otra parte cayó en buena tierra, y dio fruto, pues brotó, creció y produjo a treinta, a sesenta y a ciento por uno.

Marcos describe esta producción en orden ascendente: treinta, sesenta y cien. Es aquí donde el público oyente debe haberse sorprendido. ¡Esta producción es imposible de lograr! Nunca la semilla producirá tanto. Como mencionamos anteriormente, un terreno promedio en la Palestina antigua daba poco más de cuatro medidas de grano por cada medida de semilla. En el caso de la parábola del sembrador, las cosechas dieron treinta por uno, sesenta por uno y hasta cien por uno, por lo tanto lo que la parábola describe es sencillamente imposible.

En este punto de la parábola todos los oyentes seguramente estaban ansiosos esperando la explicación, misma que nunca llegó a ellos, solamente a los elegidos por Jesús.

5.8. Versículo 9

Entonces añadió:

—El que tiene oídos para oír, oiga.

La parábola concluye con una sincera amonestación: *“El que tiene oídos para oír, que oiga”*. Los oídos se han de usar para oír, es decir, para escuchar atentamente y valorar lo que uno escucha. A través de toda la enseñanza de Cristo, tanto en la tierra como desde el cielo, sería difícil descubrir una exhortación que Él repitiera más, de una forma u otra, que la del versículo 9. Se menciona en repetidas ocasiones tanto en Marcos como en Lucas como en Apocalipsis. Esta repetición no debe sorprendernos. ¿No es acaso la falta de receptividad la que conduce directamente al pecado imperdonable si se persiste en ella? Las consecuencias de la falta de interés para oír, u oír y no obedecer, se dan a conocer mediante la explicación de Jesús sobre la parábola más adelante.

5.9. Versículos 10, 11 y 12

Cuando quedó solo, los que estaban cerca de él con los doce le preguntaron sobre la parábola. Y les dijo:

—A vosotros os es dado saber el misterio del reino de Dios; pero a los que están fuera, por parábolas todas las cosas, para que viendo, vean y no perciban; y oyendo, oigan y no entiendan; para que no se conviertan y les sean perdonados los pecados.

La amonestación, *“El que tiene oídos para oír, que oiga”*, no fue desatendida. Cuando estuvo solo, los que estaban alrededor de Él junto con los Doce, le preguntaban acerca de las parábolas. Jesús se hallaba ahora solo, en el sentido de que había despedido a la multitud e ido a casa. Sin embargo, no se hallaba totalmente solo. Con él estaban los Doce. Pero observemos: *“los que estaban cerca de él junto con los Do-*

ce”. El significado parece ser que, además de los doce discípulos ya conocidos, se hallaban también presentes algunos que pertenecían al grupo más general de los seguidores constantes.

Marcos describe a este grupo heterogéneo en el momento en que le preguntan a Jesús acerca de las parábolas. Es significativo el uso del plural. Marcos, antes de decirnos que Jesús se quedó “solo”, relata sólo una parábola, la del sembrador; mientras que Mateo primero registra cuatro parábolas: el sembrador, la cizaña, la semilla de mostaza, y la levadura. Después de estas cuatro parábolas, Mateo informa que Jesús despidió a la multitud y se fue a casa (o “entró en la casa”), donde los discípulos le hacían preguntas.

Los que estaban con Jesús deseaban saber dos cosas: *a.* por qué hacía uso de parábolas para hablar a las multitudes y *b.* cuál era el significado de una parábola en particular; por ejemplo, la de la cizaña, o la del sembrador. Él les respondió, *“A vosotros os es dado saber el misterio del reino de Dios; pero a los que están fuera, por parábolas todas las cosas”*.

La palabra “misterio” es muy interesante. Fuera del cristianismo, en el ámbito pagano, se refería a una enseñanza o ceremonia secreta relativa a lo religioso, pero oculta para la gente común, y conocida (o practicada) por un grupo de iniciados. En la traducción griega de Daniel 2 en la Septuaginta (traducción del Antiguo Testamento del hebreo al griego), donde la palabra aparece no menos de ocho, se refiere a un “secreto” que ha de ser revelado, a un enigma que debe ser interpretado. En el libro de Apocalipsis, donde aparece cuatro veces, la mejor manera de explicarla sería tal vez definiéndola como “el significado simbólico” de aquello que necesitaba explicación. La palabra aparece veintiún veces en las epístolas de Pablo.

Aquí se puede definir como “una persona o verdad que habría permanecido desconocida si Dios no la hubiese revelado; un secreto revelado o abierto”. Así por ejemplo, si no se hubiese dado a conocer el misterio, en el caso de la teología paulina, no habríamos sabido que en toda época hay un remanente de judíos (también de gentiles) que será salvo, hasta que al fin, mediante la fe en Jesucristo “todo Israel” será recogido y que este proceso continuará hasta el regreso de Cristo, cuando el número completo de gentiles destinados a la salvación haya sido recogido también.

Un “misterio”, o secreto revelado muy parecido es Cristo mismo, con toda su gloriosa riqueza, morando realmente mediante su Espíritu en la vida y corazón de gentiles y judíos, unidos en un cuerpo, la iglesia.

Así que, en general podemos definir un “misterio” bíblico como un secreto divinamente revelado, como una persona o cosa que sin revelación no habría sido descubierta. Esta definición sirve muy bien para el contexto del presente pasaje del Evangelio de Marcos y sus paralelos en Mateo y Lucas, únicos casos en los Evangelios donde este vocablo se usa.

Aquí el *misterio* es la poderosa manifestación del reinado (“reino”, “majestad”) de Dios en la vida y corazón de los humanos. Dicho reino, en relación a la venida de Cristo, fue acompañado de poderosas obras tanto en el plano físico como en el espiritual. Jesús declara que el Padre estaba revelando el misterio de que, sin duda alguna, era Dios mismo y no satanás quien hacía todas estas obras poderosas. Este misterio había sido “dado”, es decir, “graciosamente revelado” a los que estaban con Jesús en aquel momento; en realidad, era revelado a todos los que le habían recibido con fe genuina. A los de afuera (literalmente: “a los que están afuera”) “todo les viene en parábolas”; es decir, a ellos se les presentaba las enseñanzas de Cristo por medio de parábolas.

Por lo que sigue es claro que cuando Jesús habla aquí acerca de “los de afuera” está pensando especialmente en los endurecidos fariseos y sus seguidores, hombres de corazones impenitentes, porque prosigue: *“para que viendo, vean y no perciban; y oyendo, oigan y no entiendan; para que no se conviertan y les sean perdonados los pecados.”*

Marcos resume de esta forma la esencia del texto citado por Cristo que proviene del libro del profeta Isaías. Lucas es más breve. Una declaración más completa se halla en Mateo.

Lo que Jesús dice, es: “Para los de afuera todo viene en parábolas, para que vean y vean pero no perciban ... no sea que se conviertan y sean perdonados”. Pero, ¿cómo puede ser esto posible? ¿No resulta chocante? ¿Puede ser verdad que el bondadoso y misericordioso Salvador, el mismo que extendía constantemente tiernas invitaciones, se tomara tanto trabajo para impedir que la gente percibiera y entendiera la verdad? ¿Se puede decir que realmente hiciera un esfuerzo para impedir que los hombres se volvieran a Dios y fuesen perdonados?

Se han hecho varias tentativas para resolver este problema. Entre ellas están las siguientes:

5.9.1. Una mala interpretación o traducción:

Se afirma que si interpretamos la partícula usada en el griego como si quisiera decir “a fin de que” o “de modo que”, estaríamos mal interpretando el tex-

to. O se sugiere que tal vez el mismo Marcos interpretó erróneamente la palabra aramea que Jesús probablemente usó.

Respuesta. Marcos representa a Jesús como diciendo no sólo “para que” sino también “no sea que”. La combinación de *para que ... no sea que* muestra que la partícula “para que” se interpreta mejor como indicando propósito.

5.9.2. Es una versión falsa de lo que Jesús dijo:

Esta expresión es una versión falsa e inaceptable de una dicho genuino de Jesús. Jesús jamás pudo haber dicho las palabras que se le atribuyen aquí.

Respuesta. No existe prueba de la hipótesis que considera esta expresión como falsa e inaceptable. ¿acaso el resumen de Marcos no refleja verdaderamente lo dicho en Isaías. 6:9-10?

5.9.3. Si las palabras de Cristo fueron las que Marcos registra, debieron de decirse en broma:

Evidentemente Jesús quiso que sus palabras fuesen tomadas exactamente en sentido opuesto al literal. Esto es claro por el hecho de que Mateo cambia diametralmente el significado de la declaración, haciendo que Jesús diga “*porque* (en lugar de *para que*) viendo no ven ...”

Respuesta. Si aceptamos que al pronunciar el Maestro las palabras, “A vosotros ha sido dado el misterio de Dios” hablaba seriamente, declarando lo que conocía como un hecho, no como una broma, entonces lo que sigue, tan estrechamente ligado a estas palabras, debe considerarse también un hecho. Y en cuanto al pretendido conflicto entre Mateo, por un lado, y Marcos y Lucas, por el otro, ¿por qué no pueden ambos estar en lo cierto?

La verdadera explicación es la siguiente: las dos partículas, *porque* y *para que* (tanto si significan “a fin de que”—lo que yo prefiera—o “de modo que”) son correctas. Por propia elección, los fariseos impenitentes y sus seguidores rehusaron ver y oír. Por esto, se les habla ahora en parábolas, como castigo por su rechazo, “para que viendo, vean y no perciban, y oyendo, oigan y no entiendan, no sea que se conviertan y sean perdonados”. Deben “afrentar las consecuencias de su propia ceguera y dureza” (Calvino sobre este pasaje). Dios había dado a aquellas personas una excelente oportunidad. Dios es soberano para quitar lo que el hombre no quiere mejorar, y entenebrecer el corazón del que se niega a escuchar. Endurece a los que se han endurecido. Si Dios somete incluso al entenebrecido pagano a la concupiscencia de su propio corazón, por detener con injusticia la verdad, ¿no castigará con mayor severi-

dad al impenitente ante quien la Luz del mundo está confirmando constantemente la fidelidad de su mensaje? Y si bendice a los que aceptan lo misterioso, ¿no maldecirá a los que rechazan lo evidente? Es claro, entonces, que Mateo está en armonía con Marcos. En realidad, el “porque” del primero ayuda a explicar el “para que” del segundo.

Cuando por decisión propia, y después de repetidas amenazas y promesas, la gente rechaza al Señor y desdeña sus mensajes, entonces Él les endurece, para que los que no quisieron arrepentirse, no puedan arrepentirse y ser perdonados.

5.10. Versículo 13

Y les dijo:

—¿No entendéis esta parábola? ¿Cómo, pues, entenderéis todas las parábolas?

Marcos ya nos ha dicho que, después de despedir a las multitudes, Jesús se quedó solo con los Doce y otros seguidores, y que este grupo heterogéneo le hizo preguntas acerca de las parábolas. Lucas, de manera más específica, añade que estos discípulos le preguntaron a Jesús el significado de la parábola del sembrador. El mensaje de Jesús puede ser el siguiente. “Si no entienden la parábola del sembrador, ¿cómo podrían llegar a comprender cualquier parábola?” Esto significa que el Maestro deseaba que escucharan cuidadosamente, de modo que también pudieran captar el significado de otras parábolas. Luego Jesús procede a explicar la parábola.

5.11. Versículo 14

El sembrador es el que siembra la palabra.

Este es uno de los pasajes claves para el entendimiento de esta historia ilustrativa. Hay que tenerlo siempre en cuenta. La presente parábola fija nuestra atención en dos objetos: en el sembrador y en la semilla. No obstante, esta parábola no identifica al sembrador porque subraya más la función que cumplen los tipos de terreno que la función del sembrador. Pero en la parábola de la cizaña se nos dice de forma definitiva que el sembrador es el Hijo del Hombre, es decir, es Jesús mismo. Por tanto, *en cuanto al sembrador* de Marcos, debemos decir que aunque la parábola no identifica a Jesús en ningún lugar, no hay razón para negar que se trate de Jesús, quien se identifica a sí mismo como el Sembrador.

Mediante una legítima prolongación de la figura podemos decir que el Sembrador no sólo es Jesús mismo, sino también cualquier pastor, misionero, evangelista, o quienquiera que dé un testimonio sincero y que verdaderamente proclame el mensaje del Hijo de Dios.

En cuanto a la semilla, ya se nos ha dicho, y esto se halla implícito en el término mismo, que “el sembrador” siembra la semilla. Así que, cuando Jesús ahora dice, “El sembrador siembra *la palabra*”, la conclusión debe ser que la semilla simboliza la Palabra, el mensaje que viene de Dios.

A estos dos puntos se puede agregar un *tercero*: la “tierra” o “suelo” sobre el cual cae la semilla es claramente el corazón del hombre, o, si se prefiere, el hombre mismo. Esto es lo que sin duda se indica en Mateo, “lo que fue sembrado en su corazón”. En cada uno de los cuatro casos registrados en la parábola, la “tierra” (es decir el corazón o la persona) es diferente. Se podría hablar del *corazón insensible*, del *corazón impulsivo*, del *corazón afanoso* y del *corazón bueno, sensible, o bien preparado*. Substitúyase la palabra “corazón” por “persona” y el significado queda esencialmente el mismo. El “corazón” indica a la “persona” o al “oyente” tal como es en lo profundo de su ser.

Por tanto, lo que sigue es correcto: “¿Cuál es, entonces, la lección? El Salvador nos ha dado la respuesta en su propia interpretación de la historia. La semilla es la palabra de Dios, o la palabra del reino y el terreno es “los corazones humanos” de modo que, reducida a una regla general, la enseñanza de la parábola es que el resultado de oír el evangelio, siempre y en todo lugar, depende de la condición del corazón de aquellos a quienes se les pregona. La índole del oyente determina el efecto de la Palabra en él.

5.12. Versículo 15. Corazones insensibles

Los de junto al camino son aquellos en quienes se siembra la palabra, pero después que la oyen viene Satanás y quita la palabra que se sembró en sus corazones.

Las personas representadas por la semilla sembrada en el camino son la clase de personas que dejan que satanás, el adversario, les arrebatte el mensaje que ha sido sembrado en ellas. Jesús no pretende en modo alguno excusar a estas personas, como si sólo satanás fuese el responsable de lo que le sucede al mensaje divino que les ha sido entregado. ¡El versículo 15 no anula al versículo 9 (*El que tiene oídos para oír, oiga*)! Pero en el versículo 15, se dice que estos oyentes frívolos cooperan con el príncipe del mal, al tratar con tanta superficialidad a la palabra de Dios.

Esta gente no hace nada con el mensaje, no lo aprovechan para su propio bien. Por tanto, habiendo oído el mensaje, cualquier efecto favorable que pudiera haber producido en ellos, queda aniquilado “inmediatamente”. ¿Cuál es la causa de su reacción negativa? Tal vez mala voluntad hacia el mensajero, o quizás hostilidad a este mensaje en particular, o sencillamente, que no quieren ser molestados. El espíritu de in-

diferencia puede haber penetrado en ellos, tal vez poco a poco, hasta llegar a ser total, llegando su corazón a ser tan duro como el camino sobre el cual se esparció la semilla de la parábola.

El Señor, hablando a Ezequiel, dio la siguiente descripción de los que oían al profeta:

Ezequiel 33:32

Y tú eres para ellos como un cantor de amores, de hermosa voz y que canta bien. Ellos oyen tus palabras, pero no las ponen por obra.

5.13. Versículo 16 y 17. Corazones impulsivos

De igual modo, los que fueron sembrados en pedregales son los que, al oír la palabra, al momento la reciben con gozo; pero no tienen raíz en sí y no se mantienen firmes; por eso, cuando viene la tribulación o la persecución por causa de la palabra, tropiezan.

La descripción de los oyentes de corazón insensible va seguida por la de los impulsivos. Observemos que en este caso particular, tanto Marcos como Mateo hacen uso de la expresión “al momento”. Nos referimos a personas que actúan sin reflexionar. “Al momento” aceptan la palabra, ¡incluso con gozo! Y entonces, “al momento” se apartan. Son engañados, atrapados, por la aflicción y la persecución. Esto es lo que les induce a dejar lo que al comienzo habían abrazado con tanto entusiasmo. Si hubiesen sido creyentes auténticos no habrían sido engañados de manera *definitiva*.

A causa del mensaje del evangelio, el creyente se puede hallar en medio de la *aflicción*, es decir, en medio de todo tipo de presiones externas que vienen de un ambiente no cristiano, o en medio de persecuciones y de sufrimiento real causado deliberadamente por el enemigo. Cuando todo esto ocurre a causa del mensaje, la perseverancia es la marca del cristiano verdadero. Por supuesto que la perseverancia que aquí se ensalza implícitamente debe ser genuina, debe practicarse no por amor a nosotros mismos, sino por amor a Cristo. Debe ser una actitud positiva a sufrir por amor al Señor, a su palabra, a su pueblo, y a su causa. Cuando este amor falta, la paciencia es inútil. Cuando está presente, produce alegría de corazón, seguridad de la salvación.

Pero las personas simbolizadas por la semilla que cayó en suelo rocoso carecían de esa persistencia. Nunca tomaron en serio los ejemplos de Rut, Esteban, y Pablo. La palabra “lealtad” no existía en su vocabulario.

Como ejemplo de este tipo de “amigos” volubles, ¿no es lógico suponer que entre la

multitud que gritaba “Hosanna” cuando Jesús entró por última vez a Jerusalén, hubo también algunos que pocos días más tarde gritaron, “Crucifícale, crucifícale”?

Debe tenerse presente que los seguidores de Cristo sufrieron persecución no sólo después de su resurrección sino incluso antes. No todos los afectados por tal persecución soportaron la prueba. Para algunos, las palabras de Juan en su primera carta vienen al caso: *“Salieron de nosotros, pero realmente jamás pertenecieron a nosotros”*.

En cuanto a creyentes genuinos, veamos qué nos dice Jesús:

Juan 10:27-29

Mis ovejas oyen mi voz y yo las conozco, y me siguen; yo les doy vida eterna y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano. Mi Padre, que me las dio, mayor que todos es, y nadie las puede arrebatar de la mano de mi Padre. El Padre y yo uno somos.

Los que antes habían sido meros adherentes externos, que nunca fueron seguidores “genuinos” porque su profesión no brotaba de convicciones internas (eran “sin raíz”), no entendían que el verdadero discipulado implica la entrega, la negación de uno mismo, el sacrificio, el servicio y el sufrimiento. Pasaban por alto el hecho de que el camino que lleva al cielo es el camino de la cruz.

5.14. Versículo 18 y 19. Corazones afanosos

Los que fueron sembrados entre espinos son los que oyen la palabra, pero los afanes de este siglo, el engaño de las riquezas y las codicias de otras cosas, entran y ahogan la palabra, y la hacen infructuosa.

Este pasaje describe el caso de personas cuyo corazón se asemeja al terreno plagado de raíces y plantas espinosas. Un campo tan “sucio” es una seria amenaza para el crecimiento de cualquier planta útil. Igualmente, los corazones llenos de los trajines afanosos del día, oscurecidos por sueños de riquezas, y (Marcos añada) el deseo de otras cosas, desbaratan toda influencia benéfica que, de no ser así, podría actuar en la recepción del mensaje del reino. Tales corazones se hallan muy ocupados. No tienen tiempo para la meditación serena y sincera de la Palabra y el mensaje del Señor. Si en un corazón como este intentase entrar alguna reflexión o pensamiento serio de la Palabra de Dios, sería inmediatamente ahogado.

Los afanes se refieren a la ansiedad constante con respecto a actividades terrenales, a los asuntos que pertenecen a la época en que uno vive. Estos afanes llenan la mente y el corazón de negras pretensiones. Si estas personas son pobres, se engañan pen-

sando que serían felices si fueran ricos.

Pero si son ricos, se engañan imaginando que si fueran más ricos podrán sentirse satisfechos, como si las riquezas materiales pudiesen de alguna manera garantizar la felicidad. En realidad, el encanto que emana de las riquezas es un encanto engañoso.

Según Marcos, a los dos tipos de espinos ya mencionados, Jesús añade un tercero: *las codicias de otras [o: de las demás] cosas*. Bajo este encabezamiento no hay duda que incluye todos los demás deseos malos. Tales deseos o codicias son malos,

- a. porque lo que se desea es malo; por ejemplo, el desear drogas perniciosas, o relaciones íntimas con la esposa de otro hombre
- b. porque aun cuando lo que uno desea tener o hacer sea perfectamente lícito, el deseo puede ser excesivo; por ejemplo, jugar a fútbol o a ajedrez *hasta el punto de descuidar todo lo demás*.
- c. Jesús se refería especialmente a los placeres pecaminosos, lo cual parece deducirse del breve resumen de Lucas; “afanes y riquezas y placeres de la vida”. Así interpretado, vemos que la enumeración de Lucas corre paralelamente a la de Marcos.

Indudablemente, cuando Jesús se refirió a los espinos que ahogaron la semilla que empezaba a germinar, no excluyó nada de lo que corresponde a esta categoría general. Queda incluida cualquier cosa que esté dentro de la esfera de las posesiones, el poder (o prestigio) y el placer, que destruya el efecto de la buena semilla de la Palabra. Así lo explica Juan:

1 Juan 2:16

...porque nada de lo que hay en el mundo —los deseos de la carne, los deseos de los ojos y la vanagloria de la vida— proviene del Padre, sino del mundo.

En los días de Amós la gente supuestamente religiosa se preguntaba:

Amós 8:5-6

...«¿Cuándo pasará el mes y venderemos el trigo; y la semana, y abriremos los graneros del pan? Entonces achicaremos la medida, subiremos el precio, falsearemos con engaño la balanza, compraremos a los pobres por dinero y a los necesitados por un par de zapatos, y venderemos los desechos del trigo»

El engañoso encanto de las riquezas fue el espino que ahogó todo el bien que el mensaje de Dios pudo haber realizado. Abundan otros ejemplos tanto de las Escrituras como de la vida diaria. Las personas aquí referidas no pueden recibir ricas bendiciones ni tampoco pueden ser ellas mismas bendición para otros. La Palabra, en cuanto a ellas se refiere, no puede llevar fruto. El problema no es del sembrador.

Tampoco hay problema alguno en la semilla. Es que en esta clase de gente todo anda mal. Deberían pedir al Señor que les libre de los afanes corrosivos y sueños mundanos e ilusorios, de modo que el mensaje del reino pueda comenzar a tener libre curso en su corazón y vida. Entonces su mente, rescatada de los afanes agotadores y de las fantasías ilusorias, estará en condiciones de reflexionar con entendimiento sobre la hermosura de los textos bíblicos.

5.15. Versículo 20. Corazones sensibles

Y los que fueron sembrados en buena tierra son los que oyen la palabra, la reciben y dan fruto a treinta, a sesenta y a ciento por uno.

Al llegar a esta gente, el mensaje del reino cae en buena tierra, la clase de tierra que no es ni dura, ni superficial ni afanosa, sino que es receptiva y fértil.

Esta gente oye porque quiere oír. Meditan en lo que oyen porque tienen confianza en el que habla. Y así llegan a alcanzar un cierto grado de entendimiento genuino. Llevan el mensaje a la práctica y dan fruto, la clase de fruto que el Espíritu da y que Pablo nos detalla:

Gálatas 5:22-23

Pero el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza; contra tales cosas no hay ley.

Hasta el Antiguo Testamento subraya la importancia del fruto espiritual como señal del verdadero creyente. Veamos lo que dice el salmista:

Salmos 1:1-3

Bienaventurado el varón que no anduvo en consejo de malos, ni estuvo en camino de pecadores, ni en silla de escarnecedores se ha sentado, sino que en la ley de Jehová está su delicia y en su Ley medita de día y de noche.

Será como árbol plantado junto a corrientes de aguas, que da su fruto en su tiempo y su hoja no cae, y todo lo que hace prosperará.

No obstante, no todos los cristianos experimentan el mismo grado de fructificación. No todos son igualmente penitentes, fieles, leales, valerosos, humildes, etc.; de ahí que no todos sean igualmente eficaces en conducir a otros a Cristo. En el caso de algunos creyentes, la semilla (el mensaje) rinde treinta por uno, es decir, treinta veces más de lo que fue sembrado; en algunos sesenta y en otros cien. Mateo tiene el orden opuesto (100, 60, 30). En cuanto a la fiel reproducción del mensaje de Cristo, cada evangelista emplea su propio estilo; pero no hay ninguna diferencia esencial.

Tomemos como ejemplo a Timoteo, a Tito y a Pablo: tres eminentes hombres de

Dios, en quienes la semilla del evangelio había brotado y producido fruto. Después de su conversión, los tres tuvieron en común una invariable lealtad a la causa del evangelio, una disposición para realizar las tareas difíciles del reino y un amor por las almas; un amor que brotaba del amor a Dios, el mismo Dios que les amó primero. No obstante, había diferencias entre los tres. Timoteo— ¡un excelente cristiano por cierto! necesitaba ser estimulado. Era de carácter tímido. A los corintios se les dijo que cuando Timoteo llegara, se preocuparan de que estuviese entre ellos “sin temor”. Tito es hombre que no solamente puede recibir órdenes, sino que también puede actuar por decisión propia. Es un hombre de recursos, de iniciativa personal para una buena causa. Hallamos en él algo de la agresividad de Pablo. Sin embargo, ni Timoteo ni Tito se pueden comparar con Pablo quien es autor más prolífico de la Biblia y a quien le debemos la columna vertebral de la doctrina cristiana.

La comparación que aquí hacemos entre Timoteo, Tito y Pablo no es para insinuar que Timoteo produjo sólo treinta por uno, Tito exactamente sesenta y Pablo cien. Sólo tiene el propósito de dar una cierta evidencia en favor de la verdad fundamental que esta parte final de la parábola deja establecido: que existen diferencias aun entre aquellos cuya vida es espiritualmente fructífera. Que cada uno haga lo mejor que pueda para llevar mucho fruto. Pero siempre hay que recordar que, en última instancia, todo buen pensamiento, disposición, palabra, hecho y carácter tienen su fuente en Dios y en su soberana gracia, aunque la parábola también subraye que la disposición para oír correctamente el evangelio depende de la condición del corazón de quienes reciben la Palabra, estableciéndose así también la responsabilidad humana.

6. Conclusión

La parábola del sembrador nos enseña que ante la exposición de la Palabra de Dios se encuentran varios tipos de audiencias que tienen varios tipos de actitudes. Nos muestra que el sembrador “tira” la semilla y que solo un tipo de audiencia, la que tiene corazón y vida dispuesta, es la que da fruto y que el fruto que esta da, es sobrenatural y cuantioso. No nos cabe duda que el sembrador es Jesús, Dios hecho hombre, que la semilla es la Palabra y que la buena tierra son las personas que pasan a formar parte de Su iglesia. La iglesia que vuelca el corazón a su Dios en adoración y que sale al mundo a servir, tanto a exponer y comunicar las buenas nuevas como a ser instrumentos de Dios en el alivio del dolor humano. Todo grupo de personas que se congrega en el nombre de Jesús en alguna localidad, debería colgar en lo alto de su puerta un mensaje que resume su misión: “Entramos a adorar, salimos a servir”.

Basado parcialmente en “El comentario del Evangelio de Marcos” de William Hendriksen y en el sermón “La parábola del sembrador” de Charles Spurgeon. Las citas de las Escrituras son tomadas de la Biblia Reina Valera rev. 1995